

favorito, un marqués de Bradomín, un vencedor del amor y de la muerte. El taller whitmaniano no arrullaría sus sueños destinados a las arenas blancas de la luna; viviendo bajo los rosales en rojo mayor del período romántico tenía el espíritu chapado a la antigua. Con Espronceda, después de lanzar al océano su capital de tres pesetas, se habría alzado lírico y épico detrás de las barricadas parisinas y con Byron y Wilde después de exprimir todas las vides, habría arrojado la perla de su corazón en un vaso de vino de Lutecia. En sus reinos interiores fué el poeta de las piedras preciosas y de los «golden treasures», sus ruiñeñores encantados gorjeaban a la luz de las lunas de mayo con los buches apretados de emoción, serenatas violetas; fué el poeta de las mujeres pálidas y misteriosas, de los filtros eternos, de las manos dolorosas, de las cabelleras de oro puro, de las granadas de rubíes. Aquí abajo le hirió la guiña, la corneja de ébano le ladró sus augurios de tragedia y él, que tenía el alma rosada de amor, atravesó la vida mordido por la lepra, como un moderno Job y sin tener una mujer sublime que le gritara en el símbolo de todas las libertades: «Maldice a Dios y muérete.»

Su barca ya va lejos, su barca llevada por vientos de borrasca, piloteada por el Cuervo, se internó por los mares de lo desconocido; lejos la siguen mis pupilas por otras zonas milagrosas donde perfuman las estrellas, donde está la paloma de la Eucaristía, el ruiñeñor encantado y la luna de oro.—A R-
TURO TORRES RIOSECO.

<https://doi.org/10.29393/At58-14BIFG10014>

Burguesía e ideología

París, 1929.

A NATOLE France refiere que cuando visitó a Flaubert, el buen gigante normando, éste, después de vehemente discusión sobre las letras contemporáneas, venciendo con andantesco ardor a sus enemigos capitales, dejó el suelo poblado de cadáveres de burgueses. A ellos iba su ira pertinaz, a su mediocridad, a su ignorancia en arte, en elegancia, en buenas maneras; a su extrema y minuciosa previsión, a ese espíritu de ahorro gracias al cual mueren las nobles tradiciones en las prosaicas sociedades europeas. En la bohemia francesa, ¡cuántos escritores, después del respetado maestro, condenaron a esa clase dominada por un sólido egoísmo y cuidados menores!

Para los artistas es odioso el burgués, *celui qui ne comprend pas*, según la definición de Rémy de Gourmont. Puede ser emparejado con Monsieur Homais. Estrecho y vulgar, mediocre en sus gustos, limitado en su ambición. Trabaja, economiza, se ciñe a tareas inferiores. Guizot, ministro de un rey burqués, de Luis Felipe, aconsejó a esta gente media que se enriqueciera. Decía del Tercer Estado en creciente: es un hecho inmenso, y no solamente es inmenso, sino nuevo y sin ejemplo en la historia del mundo.

Aún exaltado y prosperado, el burgués se confunde con el filisteo condenado por Heine y por un elegante crítico de la época victoriana, Mr. Matthew Arnold, quien veía en él a un enemigo de la alta cultura y de los «hijos de la luz», *the children of light*. Las clases medias en Inglaterra sólo crecen en los negocios y a ellos se entregan con grave pasión. Declaran que la grandeza y la prosperidad del Reino británico se aquistan por la indefinida acumulación de riquezas.

Pues bien, el burgués piensa mediocrementemente, en consonancia con su situación, y ese pensamiento va a morir o ha muerto ya. Lo anuncia en un panfleto ingenioso y virulento un escritor mozo, M. Emmanuel Berl, que pertenece a una raza, la israelita, que analiza con extrema lucidez, es revolucionaria y no teme catástrofes. Lo más singular es que, en esta acusación a la burguesía pensante, M. Berl comprende a la inmensa mayoría francesa, el gran pueblo donde las clases medias constituyen nervio y fuerza esenciales. Burgués es el mariscal, el profesor, el comerciante de barrio, el rústico que liberta la parcela que cultiva de una hipoteca. Si va a finar una forma de pensamiento, Francia entera quedaría sin voceros. Sazonemos con dudas, con sonrisas, tan cruel vaticinio. Para hacerse escuchar el autor exagera, y sus inquietas páginas saltean a las gentes tímidas y confiadas (1).

¿Qué reprocha el sagitario a escritores, maestros, pensadores? Sencillamente miedo. Escribe que el pensamiento contemporáneo se halla paralizado por el miedo. Sufre el intelectual porque sus ideas son eficaces, incitan a la acción. Ya no puede vivir en tranquila celda o en torre de marfil. Si propaga ideas nacionalistas; éstas engendran guerras. Si es comunista, contribuye a la revolución verdadera con su secuela de males, hambre, incendios, desolación. Prefiere naturalmente el reposo, renuncia a escribir con sangre, como pedía Nietzsche, o a vivir peligro-

(1) Sobre este mismo libro se publicó en la sección *Los libros* del núm. 56 de *Atenea* un artículo crítico de Raúl Silva Castro.

samente. M. Berl cita nombres, enjuicia, se muestra severo con los profesores de la Sorbona que se refugian en la historia para que no se les obligue a expresar opinión sobre acaecimientos contemporáneos. Los literatos, dice, buscan en la política una forma de éxito. Es más fácil para el señor Bergson presidir comisiones que deducir de su metafísica una doctrina moral o social.

Todos huyen, todos se abstienen. Efugio, abandono, «escuela de aceptación», conformismo riguroso a fin de granjear aplausos o conquistas, una manera de vivir suave y muelle. Traición en suma, aquella que en el *clerc* moderno, letrado, clérigo a usanza medioeval, denunciaba M. Julien Benda; porque se defienden las ideas por pereza o por temor. A veces temor a vivir en aislamiento, a no ser escuchado y seguido. La literatura se acerca al Gobierno, se empeña en no ofenderle, es patriota con exceso, se inclina ante los «dogmas del Estado Republicano». En el análisis, se refugia en la psicología, en el mundo interior del cual hace morosa anatomía, para no estudiar el moderno frenesí exterior, el reino de la máquina, el tumulto de sociedades en mudanza, la pasión de las masas. No extrañemos que sean raras en Francia las novelas sobre la vida del obrero, sobre la fábrica, que no tenga el rudo y sincero Zola imitadores.

El conformismo de los escritores se explica, en parte, según el crítico, porque viven en duras condiciones económicas. El literato es *snob*, ama el lujo y el derroche, gusta de penetrar en medios sociales donde cree hallar finas sensaciones. Renuncia a turbar o irritar. Cierto es que M. Berl se contradice al observar que la única manifestación de libertad en una literatura tímida, dominada por convenciones, se patentiza en la defensa del homosexualismo. ¿Puede darse, en efecto, perversión más contraria a las sanas costumbres, a la normalidad salvadora? Creo que, en algunos de sus aspectos, conformismo significa atraso, imperio de las tradiciones sobre los que escriben. Todavía no se adaptan éstos a recientes condiciones de existencia, imitan modelos envejecidos, se alistan entre los defensores del arte por el arte, cultivan amorosamente su pequeño jardín.

En vez de la aceptación, la rebeldía y la crítica podrían regenerarnos, o darnos siquiera el sincero examen de la verdad, la heroica adecuación del espíritu a las cosas que cambian. M. Berl quisiera conducir al intelectual de nuestros días hacia el comunismo, no como definitiva etapa en su excursión ideológica, sino como estación provisional de negación. El intelectual, según él, acepta el comunismo, porque siente que huele a muerte

la burguesía y la tiranía del capitalismo le exaspera. No puede ir más lejos ni adoptar aquella religión: he aquí su constante tragedia. Destruye o se empeña en derribar una sociedad, aquella en cuyo seno vive, y descubre que el comunismo es sólo un capitalismo agravado, inficionado ya por el parlamentarismo y el militarismo.

Sin embargo, ha de luchar el intelectual. Llegan tiempos apocalípticos, nos acercamos a una época terminal. Como los profetas hebreos, M. Berl anatematiza. Pero no le bastan sonoras imprecaciones o un lirismo patético. A los hombres venideros destinados a analizar, a distinguir, a antedecir pide ante todo lucidez, energía para pensar libremente, sin inquietarse por las consecuencias que puedan derivarse de la observación desapasionada. Todo se le antoja sombrío, trágico en el ciclo histórico que se abre. No habrá ya hombres enteros en el porvenir, el imperialismo norteamericano vencerá a la guerra, se aburguesará el proletariado, dudarán de sí y de su condición todas las gentes, buscarán razones para poder vivir, tanto el rico como justificación de sus bienes, como el trabajador para explicar su miseria. Acabará el hombre por no esforzarse y la mujer por no engendrar. Se abismarán las naciones, pervivirá Mammón rodeado de adoradores embastecidos. En medio de las ruinas, el testigo clarividente, el intelectual, desnudo de bienes y esperanzas, señalará derroteros a otras sociedades que lentamente surgirán del caos general.

¿No es sorprendente esta confianza en el poder de la razón? Como crítico o como profeta, el intelectual compara épocas, sopesa culturas, esclarece, separa, condena. Aspira a hacer tabla rasa, a derribar operosas construcciones humanas para más tarde instalar en el mundo hermosas utopías. Apresurado, prefiere la revolución a las reformas.

Sin dejarnos ganar por tales pronósticos, por esa fe, preguntaremos a este acerbo crítico: ¿por qué ha de morir el pensamiento de la burguesía? Sufre detrimento, sin duda, se muestra incierto, pero puede reaccionar y avivarse. En lugar de confundirse con el liberalismo clásico, defenderá con energía intereses amenazados. Georges Sorel pedía a esta clase social, como respuesta a la violencia del proletariado beligerante, vigor y heroísmo. En el orden de las ideas, el burgués futuro abandonará la actitud del «tercer Estado» prudente y conciliador para luchar impávido en favor de claras doctrinas. Podemos deplorar este cambio o aplaudirlo. Empero, no imaginemos que los «jóvenes» burgueses convertidos en capitanes de industria, o que los burgraves de la banca o del comercio renuncien a trabar

ideas en armonía con su ambición o su esperanza. Todo indica que no habrá ya, para los espíritus libres una cómoda *terza via*, en todos los dominios, de la acción o del pensamiento, y que se apondrán en la era nueva, con rudeza, sin tolerar fintas, dos direcciones: revolución y contrarrevolución.— FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Problemas de la literatura alemana moderna

LA gira de la compañía dramática alemana de que formaba parte el gran actor Paul Wegener despertó en el público chileno cierto interés hacia la dramática europea moderna y en particular hacia la literatura alemana. El trabajo siguiente resulta de conversaciones que he tenido con mis amigos chilenos sobre este asunto casi completamente desconocido en el país.

Una contemplación histórica de movimientos espirituales y personalidades contemporáneas ha de tener forzosamente siempre algo de subjetivo. Entre la muchedumbre de tendencias antagónicas que caracterizan el mundo literario de hoy, el crítico seguirá más sus propias aficiones que si trata una época pasada. Por eso el entendido buscará en vano en este ensayo algo que le parezca desde su punto de vista individual como un juicio definitivo.

He elegido los autores y sus obras con el propósito de mostrar en grandes líneas el desarrollo evolutivo de las tendencias más importantes de la literatura alemana. Esta literatura ejerció un influjo poderoso sobre las letras extranjeras a partir de Goethe, «el poeta príncipe», que vivió en constante correspondencia epistolar con todos los centros espirituales de Europa. El clasicismo alemán, cuyo representante más grande fué el autor del *Fausto*, significa un ensayo para infundir en la personalidad idealizada de la antigüedad greco-romana un nuevo ideal humano. Este ideal podía tener valor sólo para una aristocracia intelectual. Por eso el romanticismo alemán, que ya estaba en germen en la época anterior, se difundió no sólo por el extranjero sino también entre las clases populares de la nación. La Europa literaria del Este y del Norte se inspira particularmente de una manera decisiva en la poesía alemana. No deja de ser extraño que de estos mismos países llegara más tarde una renovación de la literatura de Alemania.